Las madres nunca se equivocan

Giovanni Bollea

Traducción de Raquel Marqués

El arte de la discusión

Título de la edición original: *Le madri non sbagliano mai*

Primera edición en Libros del Silencio: noviembre de 2010

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano, 2003
© de la traducción, Raquel Marqués García, 2010
© del prólogo, Javier Urra, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]
Provença, 225, entresuelo 3.ª
08008 Barcelona
+34 93 487 96 37
+34 93 487 92 07
www.librosdelsilencio.com

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí
Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-937856-2-8
Depósito legal: B-39.838-2010
Impreso por Romanyà Valls
Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Prólogo

Crecer juntos: el arte de educar

El libro que tiene entre las manos, a diferencia de tantos otros sobre la materia, no es un manual de los padres perfectos, ni mucho menos un lista prescriptiva de los pasos que hay que seguir para educar correctamente a los hijos. Lejos de ello, las siguientes páginas contienen una invitación de Giovanni Bollea —padre de la moderna neuropsiquiatría infantil— destinada a todos aquellos que tienen hijos o van a tenerlos para que ejerzan bien su función parental y, sobre todo, disfruten de su condición de padres.

Su mensaje básico es que, sin buscar únicamente la excelencia, los padres compartan con los hijos el amor, el cariño y la ternura. Apela para ello al sentido común y a la intuición, y hace caso omiso tanto de quienes señalan el riesgo de traumatizar a los niños por nimiedades como de quienes buscan la disolución de la autoridad de los progenitores.

Así, frente a ciertas divulgaciones equívocas que generan preocupaciones excesivas, *Las madres nunca se equivocan* demuestra que el arte de ser padres no encierra grandes dificultades. Basta con disponer de las informaciones básicas sobre las distintas fases del desarrollo infantil y sobre sus necesidades elementales,

centradas en torno a las clásicas y sencillas herramientas del amor, el ejemplo y la escucha.

Sobre la base de su experiencia clínica y de sus métodos de trabajo, Giovanni Bollea descarta con decisión y seguridad tópicos que alteran los conceptos esenciales de la relación entre padres e hijos, y ofrece con claridad, naturalidad y un punto de humor una capacidad de comprensión y unas claves educativas que permiten afrontar con serenidad los problemas específicos que presenta la educación de los hijos.

Para ello, el autor destaca los aspectos más relevantes de las relaciones parentales e insiste en cuestiones de importancia extraordinaria, como la conciliación de la vida laboral y familiar de los padres o la relación entre abuelos y nietos: una vía intergeneracional por la que se transmiten actitudes y conocimientos elementales. Y Bollea lo hace, además, sin apartarse nunca de lo cotidiano y ateniéndose a situaciones concretas. Por ejemplo, se ocupa en detalle de la enseñanza de la sexualidad o de lo que supone criar a dos hijos nacidos con veinte o treinta meses de diferencia, especifica los problemas que pueden surgir en las relaciones entre los hijos habidos de distintas uniones y se detiene en asuntos como la elección del colegio o la situación actual de la Justicia en aquello que afecta a la vida de los niños.

Con la sabiduría que le confiere su larga experiencia, el autor combina los aspectos más generales de la actividad educativa con exigencias indispensables para una formación completa, por ejemplo el respeto al sentido de la propiedad y a la dignidad de los pequeños. Sorprende la lucidez y la ternura con que denuncia que a los niños se les hurta el derecho a la fantasía, y señala como vehículo salvador los cuentos narrados por padres y abuelos.

Es fundamental, por tanto, preservar el tiempo de la infancia, acrecentar el lenguaje de los sentimientos y buscar la armonía equilibrando gratificaciones y frustraciones. Esta búsqueda del

equilibrio actúa sobre una serie de binomios —como la autoridad y el amor, el padre y el amigo, lo que se hace y lo que se dice— que con harta frecuencia son mal interpretados por lo que tienen de aparente contradicción. Bollea, sin embargo, nos invita a aceptar esta contradicción de forma natural y necesaria; a llevar a cabo esa delicada tarea que combina la protección de que precisan los niños y la necesidad de formarles para que afronten las experiencias dolorosas. En otras palabras, educar al niño para que se convierta en un ser autónomo, hacer del hijo un niño feliz y un futuro ciudadano responsable: enseñarle a vivir.

Una de las principales competencias de los padres, dice Bollea, y especialmente del padre, es aumentar la autoestima del niño. El padre es la vía a través de la cual el hijo accede a la sociedad. En cuanto a la madre, afirma Bollea que una madre serena rinde en un cuarto de hora más de lo que rinde en una hora una madre ansiosa y frustrada. Y, refiriéndose a los roles distintos y complementarios del padre y de la madre, indica que «la madre es el ministro de asuntos internos: los afectos, la sociabilidad. Mientras que el padre es el ministro de exteriores: la autoridad, la seguridad. Y la falta de tiempo no es una excusa: el padre que trabaja puede sacar el máximo partido a un cuarto de hora con su hijo. Lo que cuenta es la intensidad, no la cantidad».

Esto es, en la misma línea que uno de los grandes pedagogos modernos, Anton Makarenko, Bollea nos dice que el objeto de la educación es «alcanzar la alegría de vivir juntos». Lo que es mucho más que buscar el desarrollo armónico de la personalidad, y a la vez mucho más sencillo. Basta con dar al niño la parte de nosotros que desea: vivir juntos sus dificultades, proporcionarle la seguridad que necesita, transmitirle el siguiente pensamiento: «Estaremos juntos hasta que tú, solo, seas capaz de afrontar la vida».

Pero ¿cómo y a qué ritmo adquieren los niños y los adoles-

centes esa independencia? Es importante conocer los distintos estadios de su evolución, las diferentes etapas de su desarrollo afectivo y cognitivo, para lo cual Bollea ofrece a los padres una descripción en la que explica con tanto detalle como atractivo el paso por todas ellas, desde el egocentrismo inicial hasta la aceptación de la realidad y el ejercicio del altruismo, pasando por la adquisición de los conceptos, la unión de palabra y pensamiento o el aprendizaje de las normas del juego social.

Los niños de hoy parecen más maduros, y ciertamente lo son, pero se trata de una madurez a menudo engañosa. La precocidad cognitiva no se corresponde con una precocidad emocional: los niños son inteligentes y frágiles, les falta una guía para aprender a enfrentarse a un mundo saturado de estímulos e información.

Pese a su edad —recuérdese que nació en 1913—, Giovanni Bollea sigue siendo un hombre joven que sabe interpretar y vivir su tiempo. Según indica, el síndrome de la soledad *online* es ya una patología conocida y estudiada. Los niños aprenden a obtener satisfacción no ya del contacto humano, con los amigos y los padres, sino de la pantalla. Esta «soledad», sumada a la actual patología de la abundancia, retrasa de manera notable la imposición del principio de realidad en el desarrollo del niño.

¿Cómo subsanar estos problemas? Con las dos grandes columnas de la educación: la escuela y la familia. Contra la nueva soledad electrónica y las sacudidas de un mundo frecuentemente violento, hay un solo antídoto: una familia que funcione, la presencia del padre y de la madre. Éstos, junto a la escuela, deben ser los impulsores de una nueva pedagogía que promueva el paso «de la pasividad al descubrimiento autónomo, de la aceptación sumisa al juicio crítico, del aislamiento a la apertura, del aprendizaje de lo ya existente a la proyección de lo nuevo».

Los niños deberían convertirse en adolescentes responsables, valientes y seguros de sí mismos. Jóvenes que pueden equivocar-

se, pero que también pueden reconocer su error con humildad y reintentarlo. Y para ello, los hijos necesitan una mano que los guíe a través de este camino. De hecho, conviene recordar que la palabra *educar* procede del latín *educere,* que significa «guiar», «conducir». Ése es el secreto, en ambos sentidos: el padre debe guiar al hijo y, al mismo tiempo, dejarse guiar por él para llegar a conocerlo.

También son cosas sabidas, pero es necesario repetirlas, que los primeros años son los más trascendentes para la vida relacional de los niños, tanto en la familia como en la escuela primaria; que la información visual y sonora ha combinarse con la léxica; que en los primeros años de la vida hay que jugar mucho con los hijos.

Entre los consejos a los padres destacan la importancia de iniciar a los hijos en las tareas domésticas; la trascendencia del dibujo y la pintura como formas de comunicación infantil, a menudo inconscientes; el valor de desayunar y cenar juntos en familia; los riesgos de la permisividad y el consumismo, y, a otro nivel, lo imprescindible que es enseñar a los hijos a apreciar la belleza. Todo ello, desde un amor que no niega, no obstante, la necesidad del «castigo», no como instrumento de imposición autoritaria, ni como medida de humillación, sino como aprendizaje de los límites y las reglas que el niño necesariamente debe conocer para un óptimo equilibrio psicológico. Un castigo, como se ve, muy alejado de cualquier tipo de agresión física o psicológica o de amenazas del estilo «ya no te quiero».

En cualquier caso, no se le escapan al autor los riesgos a los que están sometidas estas dos columnas educativas que mencionábamos —la familia y la escuela—: por una parte, Bollea señala de modo reiterado las interferencias negativas que ejercen los medios de comunicación y que contaminan las pautas educativas de los padres y los maestros; por otra, analiza con detenimiento

las drásticas consecuencias de la separación familiar y la forma en la que deberían actuar en estas situaciones los Tribunales de Familia por lo que toca a aspectos como la necesaria custodia compartida, etc.

Como vemos, no es Bollea uno de esos académicos alejados del mundo real y cotidiano, y no es de extrañar que su obra sea desde hace años un libro de cabecera de los padres italianos y un firme best seller. Confío en que, a estas alturas del prólogo, cuya escritura ha supuesto para mí un honor y un lujo, haya quedado patente algo que en mi opinión es una de sus más valiosas aportaciones. Y es que, a diferencia de tantos libros de pedagogía que transmiten una idea, una teoría o una hipótesis y la van manoseando, estirando y rumiando hasta el hartazgo, *Las madres nunca se equivocan* sigue la andadura de la psicología evolutiva y ofrece a padres y educadores consejos detallados y llevaderos a la práctica, ajenos a organigramas irrisorios y a vacuas charlatanerías. Es una reflexión prolongada —concisa, clara, honesta y cargada de sabiduría— que se lee con sumo gusto y que sorprende constantemente al lector con la exactitud de sus radiografías del entorno pedagógico, social e intergeneracional y con pasajes extremadamente lúcidos sólo al alcance de quien ha dedicado a la infancia una vida rica en reflexiones.

En su prolongada carrera pedagógica, Bollea se ha propuesto ayudar a padres y madres en la crianza de los hijos. Y para ello se ha servido de conceptos de sentido común nunca suficientemente repetidos —como el de que «un padre y una madre tienen que saber superar su orgullo, su rabia, su miedo y su desconfianza sin retirar al hijo *nunca, nunca, nunca* la tabla de salvación de su amor, su presencia y el estímulo para mejorar»— y, por encima de todas, de una recomendación constante: siempre hay que mirar a los niños a los ojos. ¿Por qué? ¿Qué hay en los ojos de un niño? «En los ojos de un niño está todo: su necesidad de compa-

ñía porque se siente solo, de seguridad porque teme enfrentarse a un mundo desconocido, de actividad porque se aburre, de diálogo porque son muchas las cosas que desea saber. Es una mera cuestión de atención. Y no hay que temer equivocarse: los hijos siempre perdonan cuando se sienten escuchados.»

Una frase que resume el legado de lucidez y de esperanza que el maestro Giovanni Bollea, como médico, como psiquiatra y como profesor, nos regala en esta obra.

Javier Urra

Prefacio

Hacía ya muchos años que quería escribir un libro dedicado a «mis niños». Con la ayuda del extenso material que he ido acumulando en el curso de mi larga profesión de neuropsiquiatra infantil, me había propuesto ofrecer un análisis simple y esencial de las diversas tipologías que he ido encontrando. Mi intención era explicar, de modo claro y sintético, qué intenta comunicar un niño aburrido, uno mentiroso, uno hiperactivo, uno tímido, etc.; qué pide a los progenitores, a la escuela, a la sociedad. Ayudar a entender a los niños: ésta quería ser mi contribución al «planeta Infancia».

Pero al pensar en los progenitores, en la confusión que experimentan ante las situaciones y los mensajes de sus hijos y en que saben demasiado o demasiado poco, fui madurando la idea de que quizás sería más útil dirigirse directamente a ellos con una serie de consejos y aclaraciones: una especie de vademécum para padres inseguros.

He elegido un título un poco polémico, *Las madres nunca se equivocan,* cuyo sentido se evidenciará a lo largo de la lectura.

Desde que en 1952 fundé el Instituto de Neuropsiquiatría Infantil de via dei Sabelli, en Roma, cada vez han sido más numerosos los escritos, los artículos y las participaciones en trans-

misiones televisivas y radiofónicas ligados a las actividades del Instituto. Hemos analizado, y continuamos analizando, las transformaciones familiares; explicamos a los padres la evolución física y psíquica del niño y la importancia de las relaciones afectivas en la primera infancia, y hablamos de los posibles traumas psíquicos y de sus consecuencias, de las frustraciones precoces y de todo aquello que puede ayudar a los progenitores en su tarea. Visto desde fuera, este bagaje de explicaciones científicas, sugerencias y prescripciones, a menudo reducidas a peligrosos eslóganes por los medios de comunicación, puede asustar a los padres y causarles la impresión de que dicha tarea es un arte tan difícil que no está permitido cometer errores ni admitir la propia impericia. Mientras que en el terreno de la investigación científica se ha avanzado mucho en la comprensión de la psicología infantil, en el ámbito de la divulgación ha habido muchos malentendidos causantes de efectos contraproducentes que han generado dudas y ansiedades impropias.

Pensad en afirmaciones como «la madre es causa de una relación objetal anómala, de un proceso de individuación defectuoso o retardado, de un complejo de abandono», etc. ¿Cómo aceptar serenamente la propia función materna bajo el peso del miedo de ser «causa de...»?

O por ejemplo, considerad la idea de que los traumas psíquicos infantiles deben evitarse a toda costa, so pena de comprometer el equilibrio presente y futuro del niño. Esto abrió las puertas a la era de la permisividad incondicional y dañó gravemente un concepto de autoridad que se consideraba que debía ser combatido.

En contraposición directa a tanto pesimismo, deseo demostrar que educar, en el fondo, no es tan difícil. Una vez proporcionadas las informaciones de carácter general sobre las diversas etapas del desarrollo del niño y sobre sus exigencias primarias,

bastará con la voluntad de ir a su encuentro y asegurarle siempre nuestra presencia y nuestro apoyo. Quiero mostrar que «hacer de padres es bonito y muy fácil». No seguiré un esquema rígido, sino que me basaré en mi experiencia clínica y en mi método de trabajo, alternando explicaciones y consejos. Esto no pretende ser un tratado de psiquiatría, y si falta concordancia entre argumentos se debe a un enfoque lo más natural y espontáneo posible, tal como se ha ido conformando en mis charlas diarias tanto con padres como con niños. Unas veces seré repetitivo; otras, ingenuo. Espero que se me perdone este vicio de psiquiatra y que no se malinterprete. Puede que el lector no encuentre respuestas específicas a sus problemas, pero obtendrá una clave educativa general para afrontar cualquier situación y adaptar su propia actitud a las circunstancias.

Quiero dar las gracias a mi mujer, Marika, que ha asumido la tarea de pulir mi estilo demasiado técnico, y a los miles de niños que he visitado y que tanto me han enseñado. El mérito también será suyo si a través de estas páginas consigo, dirigiéndome a los padres, hacer más feliz la vida de otros niños.

Introducción
El planeta Infancia

La idea de que la infancia y la adolescencia deben considerarse como una auténtica y emergente clase social en sí misma es algo reconocido sólo muy recientemente, y todavía hoy la importancia de este concepto está infravalorada.

Durante el Medievo, la idea de que la infancia era un componente de la estructura social simplemente no existía: esta concepción no aparece hasta el siglo XVI. La invención de la imprenta y la consiguiente mayor difusión del saber son las que, trasladando a un primer plano la necesidad de una instrucción formal, impulsan el nacimiento de las primeras escuelas para niños y adolescentes. Había que preparar al niño para el ingreso en la edad adulta, momento en el que empezaría por fin a existir como individuo; sólo entonces adquiriría un «estatus jurídico» reconocido.

Sin embargo, no puede hablarse de un verdadero nacimiento de la idea de infancia hasta finales del siglo XVIII, de la mano de la Ilustración, que afirmó por primera vez en la historia de la humanidad algunos «derechos», si bien mucho más teóricos que reales. Fue aquél el momento de arranque de la evolución de la infancia como clase social, que ha pasado por un lento proceso salpicado de crueldades, injusticias y dificultades de todo tipo, acompañadas de infinitas y dramáticas interrupciones.

El punto de inflexión está marcado por la revolución tecnológico-industrial de principios del siglo XIX, ligada cronológicamente a la Revolución francesa. La revolución tecnológico-industrial comportó, como consecuencia lógica, la necesidad de una mayor eficiencia en todos los campos y, por tanto, la necesidad de una mayor educación formal del individuo. El taller y la institución escolar parecen evolucionar sobre dos raíles paralelos: por un lado, el de la exigencia de concentrar en un único lugar físico trabajadores con tareas complementarias, y por otro, el de garantizar la formación en las competencias mínimas necesarias. Estas nuevas estructuras son la manifestación operativa de dos nuevas clases sociales: la clase obrera y la clase de la infancia-adolescencia.

La primera, más unida y combativa, conquistó sus competencias en 1848, y Marx hizo el resto. La segunda inició su larga marcha llamando la atención de los médicos, los políticos y los nuevos educadores. El siglo XX se inauguró con la declaración de que sería el «siglo del niño». El proceso histórico de la transformación de la autoridad parental, no obstante, emergió más lentamente: el paso del concepto de patria potestad al de responsabilidad parental (CEE, 1985) fue una conquista larga y difícil que no empezó a concretarse hasta después de la segunda guerra mundial.

El paso de las nociones del niño como hombre pequeño y de la infancia como antecámara de la edad adulta a la del niño y el adolescente como miembros de una clase con experiencias y necesidades físicas, psíquicas, culturales e incluso políticas propias, como sujetos de la historia y ciudadanos de pleno derecho, ha sido lento y penoso. Esta transformación implicaba una revolución del modo de pensar las relaciones entre la familia y la sociedad y, sobre todo, una auténtica revolución de las relaciones intrafamiliares, esto es, el surgimiento de una jerarquía horizontal

dentro de la familia en la que la idea de autoritarismo se sustituyese por la de autoridad. Del mundo del padre-amo se volvía a pensar la educación como el antiguo *educere:* guiar en función de una armonía vital.

Pero la meta que tan trabajosamente se ha alcanzado se ve obligada hoy a afrontar una nueva y compleja realidad: la alteración de las etapas que debe superar el niño para llegar a la edad adulta, a lo largo del camino yo-familia-escuela-sociedad-mundo del trabajo. Las relaciones mutadas en el interior del continente familiar, la exposición precoz e indiscriminada a cualquier tipo de noticia del mundo de los adultos emitida por los medios de comunicación o la desatención de la organización del trabajo que debe dedicarse a las necesidades familiares amenazan con hacer desaparecer la infancia, acortando su duración y obligando al niño a entrar demasiado pronto, alrededor de los once o doce años, en una preadolescencia difícil y turbulenta, y, en el otro extremo, a prolongar la adolescencia, retardando así la entrada en el mundo laboral. De este modo falta aquel filtro a través del cual el niño aprendía a conocer gradualmente la vida afectiva, moral y sexual de los padres, y en general de los adultos, gradualidad que le daba el tiempo para elaborar sus propias reacciones y construir su propia socialización en la escuela.

En consecuencia, la labor de los padres está cambiando profundamente. Hoy los adultos deben asumir una mayor responsabilidad de mediación para compensar el deterioro de ese crecimiento confortable, cuya desaparición obliga al niño a madurar acelerada y artificialmente. En este sentido, también la responsabilidad formativa de la escuela adquiere cada vez más relevancia.

Nos preguntamos si seremos capaces de hacer frente a los aspectos negativos de la tecnología moderna de la comunicación para preservar la infancia y respetar sus necesidades. ¿La familia y el colegio sabrán oponerse solos a la usurpación de sus deberes

históricos? *Las madres nunca se equivocan* quiere ser, en parte, una respuesta a esta pregunta fundamental.

Toda nueva generación es transgresora con respecto a sus progenitores y a la sociedad: es una contraposición positiva con lo existente para enriquecer, como veremos, con nuevas ideas y recursos el horizonte cultural, político y moral del país y del mundo. Pero además de esta transgresión positiva, nacen, florecen y desaparecen numerosas formas, más o menos graves, de transgresiones negativas que, por desgracia, se vuelven a menudo en contra de los mismos jóvenes. ¿Son fruto de imitaciones o estímulos sociales negativos? ¿Son fruto del hastío existencial de una sociedad sin moral sólida y sin futuro que se dirige al galope hacia un suicidio colectivo? ¿O son un intento generoso de dar carta de naturaleza a un nuevo modo de vida?

Hoy día, en una época de transgresión anómala, el planeta Infancia está terriblemente desorientado. Este libro quiere proporcionar algún elemento de esperanza a los niños de este nuevo siglo señalándoles alguna cosa en la que creer.

Índice

Prólogo, por Javier Urra 11

Prefacio 19

Introducción: El planeta Infancia 23

1. Los miembros de la familia 27
   La «madre natural» 29
   El padre 39
   Los hijos 50
   Los hermanos 72
   Los abuelos 75

2. El continente familiar 79
   El amor, el ejemplo y la escucha 86

3. La vida en familia 93
   Compatibilidad e incompatibilidad 95
   Confianza en sí mismos y autoestima 99
   La vida de los padres 105

Experiencias tristes o traumáticas 107
Socialización y vida relacional 112

4. Apuntes sobre el colegio, la televisión y la lectura 117
El colegio 119
La televisión 131
La lectura 134

5. Pequeños consejos entre la tradición y la innovación 141
Juegos y juguetes 145
El tiempo libre 153
Los horarios 160
Pequeño inciso acerca de las vacaciones 164
La hora del baño 165
El sueño 167
La comida 173
Los castigos 178
Los caprichos 181
Trastornos del lenguaje 184
Tics, fobias y obsesiones 188
La droga 190

6. El niño y el adolescente hoy 195
Transgresión 197
Amor 201
Escucha 205
El futuro del planeta Infancia 207

Apéndices 215
Desarrollo afectivo y cognitivo 217

Desarrollo y problemáticas sexuales
en la edad evolutiva 230
Los riesgos de la separación familiar 256

Para los amantes de los decálogos 271
El niño aprende lo que vive 273
El afecto no es suficiente 275
Los niños son trepadores y exploradores 277

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Romanyà Valls
en el mes de noviembre de 2010

Un niño no es un recipiente que hay que llenar,
sino un fuego que hay que encender.

François Rabelais

www.librosdelsilencio.com